

MARÍA EN LOS ESCRITOS JOÁNICOS

Francisco Contreras Molina

Sumario

La presencia de María, aunque sobriamente señalada, llena por completo la obra joánica. Aparece al principio y al final del Evangelio, siempre al lado de Jesús y de los discípulos. También en el centro del libro del Apocalipsis. María es protagonista activa de la revelación suprema del Hijo de Dios y en la obra de la salvación.

Se produce un hecho digno de ser resaltado en los escritos del Nuevo Testamento. Cuanto más la Iglesia se aleja del tiempo inmediato de la composición de los evangelios, más logra, asistida por la presencia inspiradora del Espíritu, contemplar en perspectiva y profundidad el misterio de María. Los escritos joánicos, la última producción escrita del Nuevo Testamento, han captado de manera singular la presencia de María, elevándola a la categoría tipológica de ser representación fiel del pueblo de Dios.

Introducción

Llama la atención de cualquier lector la sorprendente la originalidad de una nomenclatura. Sólo en los escritos joánicos se destaca esta específica designación de *mujer*, aplicada a María. Su aparición culmina en tres escenas cumbres de revelación, situadas en lugares estratégicos: el signo de las bodas de Caná, la hora del Calvario y la lucha encarnizada entre la muer y el dragón En Caná Jesús llama a María *mujer* y le revela una más alta tarea. En el Calvario se trata de una *escena de revelación*: Jesús concede una nueva función a María. En Ap esta revelación se ofrece al descifrar ese gran *signo -semeion-* de la mujer.

La gran significación de esta *mujer* procede de su *relación* específica con su *Hijo*. El misterio de María sólo se comprende vinculado estrechamente con el misterio de Cristo y con la obra de la salvación. Lo ha expresado sabiamente H. Urs Von Balthasar: *Toda la mariología ha de explicarse cristológicamente, de ahí nace la verdadera grandeza de María.*

Así, pues, en todos los textos aparece muy claramente resaltada la presencia de María, siempre en unión con Jesús, enaltecida en su condición de ser signo del nuevo pueblo de Dios. María, la *mujer*, es la figura de la Iglesia, la comunidad escatológica.

Las bodas de Caná (Jn 2, 1-12)

Se puede afirmar que la perícopa de Caná es un verdadero punto de confluencia de toda la sección anterior. Es la automanifestación de Jesús -un desconocido venido a las orillas del Jordán-, que alcanza su punto culminante en la manifestación de su gloria a sus discípulos.

La estructura literaria muestra que la perícopa se divide en tres partes: parte narrativa (vv.1-2); diálogo (3-8); parte narrativa (9-12).

El diálogo sirve para pasar de una situación (la falta de vino) al milagro (la abundancia de vino). En las partes narrativas dos temas se presentan en progresión: el vino (inexistencia-abundancia) y las bodas (plano material-plano metafórico). En la primera parte narrativa se

menciona a María y a Jesús. En la segunda parte narrativa existe una transformación: aparece ya el esposo con su esposa. El esposo es Jesús, la esposa es la nueva comunidad, integrada por María, los hermanos y los discípulos; a saber, el nuevo pueblo que cree en Jesús.

La presencia de la madre de Jesús asume para el evangelista un significado de gran relieve. Preciso es evitar los errores de exceso o defecto. El exceso viene dado por los escritores de carácter piadoso y los tratados de mariología que subrayan (*De Maria nunquam satis*) el poder de intercesión de María, a la que consideran la *omnipotencia suplicante*, atribuyéndole en su legítima aspiración un papel casi protagonista en la historia. El defecto proviene de su falta de atención: *María no puede ser considerada una simple figura de comparsa* (Spicq). Por ello, resulta imprescindible acudir al texto mismo joánico.

Tras la presentación de los personajes (dos primeros versos): la Madre de Jesús, Jesús y sus discípulos, el verso tres señala la carencia de vino y la petición de María: *no tienen vino*. Estas palabras ponen en evidencia la dificultad de una situación embarazosa, grave. María, llena de confianza, expresa su preocupación a Jesús, que a los ojos del evangelista no es ocasional, sino permanente; se refiere a la carencia absoluta de vino. Esta necesidad de vino es para el evangelista signo de la necesidad absoluta del don de Jesús.

La respuesta de Jesús (v. 4) supone algunos problema para los exegetas. Posee una significación de fondo que permanece constante: indica una distancia o una divergencia entre dos interlocutores. Pero no hostilidad (en el texto aparece la reacción positiva de María) ni tampoco reprensión a María. También en los sinópticos Jesús asume una actitud análoga en las relaciones con su madre y parientes (Mc 3,31ss; Mt 12, 46ss; Lc 6,19ss; Lc 2,48ss).

La palabra con que Jesús llama a su madre: *mujer* no es irrespetuoso pero sí insólito. Nunca cuando un hijo se dirige a su madre, ni en los escritos griegos o rabínicos, habla de esta manera, sino más bien así: *imma*. Pero esta palabra es muy rica desde la consideración bíblica. María representa como *mujer* a todo el pueblo de Dios (cfr. Os 1-3; Is 26,17s; Jr 2,2; Ez 16,8).

Jesús afirma el principio que mueve su acción: la conformidad con la voluntad del Padre. La *hora* de hacer milagros o signos no depende de él. Esta hora no está en sus manos, sino en el poder del Padre (12,27; cfr. Mc 14,35). El actúa siempre de acuerdo con la voluntad del Padre; su *hora* es fijada por el Padre. Y éste es el dato cristológico que el evangelista quiere acentuar para sus lectores: la completa disponibilidad de Jesús por encima de los lazos de la carne y la sangre, a la voluntad del Padre. Tras esta aclaración, Jesús obrará el milagro. Los lectores del evangelio comprenderán que Jesús permanece obediente al Padre y, consecuentemente, podrá manifestar su gloria.

El verso cinco resulta determinante: Su madre dijo a los sirvientes: *Lo que él os diga, eso haced*. María no se impone por su autoridad de Madre a Jesús, sino que se presenta como fiel discípula; su actitud revela una enorme delicadeza. No exige un milagro sino que, atenta a una situación difícil, la hace conocer. Incluso su delicadeza se muestra en sus palabras siguientes. No resulta fiel ni aceptable la traducción la consagrada por la tradición. *Haced lo que mi hijo os diga*, sino: *Lo que él os diga, eso haced*. La expresión de María no reviste el acento de imperativo, que las habituales traducciones insinúan, sino que denota una eventualidad que sólo determina Jesús.

Esta expresión se encuentra en contexto de Alianza. La alocución rememora algunos textos -hasta doce pueden citarse-, donde el pueblo de Israel promete plena obediencia a Yahveh, sea por medio de un juramento o en la renovación de la alianza. Valga esta muestra: *Todo el pueblo respondió a una: 'haremos todo cuanto Yahveh ha dicho'* (Ex 19,8). La expresión transparenta una completa obediencia a Dios.

María representa el nuevo pueblo en contexto de Alianza. A través de sus palabras, María, la *mujer* -tipo del pueblo fiel- hace una profesión de fe en la todopoderosa palabra de Jesús (a quien ella ve no como su hijo natural, sino como la presencia visible de Dios) y le manifiesta una total disponibilidad.

Y realiza asimismo una función mediadora: igual que Moisés se situaba entre Yahveh y el pueblo, ella se coloca entre Jesús y los discípulos. De nuevo aquí el texto de Juan es sugerente. María dice a los servidores: *lo que él os diga, eso haced*, a saber, invita a los discípulos a adoptar una actitud de disponibilidad y obediencia total a Cristo: reflejo de la postura del verdadero pueblo de Dios ante la nueva alianza.

María en el Calvario (Jn 19, 25-27)

Esta narración, debido a su alto contenido teológico, desborda los límites de un sentido estrictamente moral, que la considera sólo como un acto de piedad filial de Jesús, una especie de testamento doméstico: Jesús, ya moribundo, se preocupa por su madre, que va a quedarse muy pronto sola y la encomienda a los cuidados de Juan. Esta interpretación ha sido la habitual entre la tradición patristica.

La perícopa queda enmarcada en un claro contexto mesiánico-eclesial. Ocupa el centro radial de las cinco escenas concomitantes. Estas escenas son: a) inscripción: Rey (Jn 19,19-22); b) túnica inconsútil (19,23-24); c) la mujer-madre y el discípulo amado (19,25-27); d) cumplimiento: entrega del Espíritu (19,28-30); e) lanzada: sangre y agua (19,31-37). Desde el punto de vista mariológico, últimamente ha cobrado mayor relieve considerar la escena del Calvario subrayando la dimensión de la maternidad espiritual de María. Véase esta nutrida lista de autores. Entre los católicos: Gächter, Braun, Thyges, Dubarle, De Goedt, Gallus, Kerrigan, Leal, Mollat, Feuillet, Pozo, I. de La Potterie, De Fioris; y protestantes: Herberet, Hoskyns, Lightfoot, Thurian, Bampfylde.

A fin de entender adecuadamente la narración del Calvario, es preciso acudir a un hallazgo que ha ofrecido la exégesis actual. No se trata exclusivamente de una formulación de adopción, sino que, insertos en las líneas interpretativas del cuarto evangelio, se ofrece un peculiar género narrativo: el esquema de revelación (De Goedt). El evangelista comunica su mensaje con los recursos de un modelo literario que contiene tres momentos concatenados: a) visión de un personaje, indicado por su nombre; b) aparición del verbo *decir*; d) señalización con la partícula *he aquí* que revela una nueva misión-tarea del personaje. Este, más que visto físicamente, es ya reconocido en su genuina vocación.

El ejemplo más célebre se encuentra justamente en el Calvario. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice: *mujer, he aquí a tu hijo... he aquí a tu madre* (19,26-27). Se trata de una fórmula de revelación, mediante la cual Jesús tiene un mensaje profundo que comunicar y una tarea nueva que asignar: la función maternal de María dentro de la Iglesia.

Jesús confía su madre al discípulo, llamándola mujer, apelación que tiene una resonancia comunitario-eclesial. Y se repite *he aquí... he aquí*. La nueva función otorgada por Jesús se refiere a la mujer y al discípulo. La madre de Jesús se convierte en la madre del discípulo; y éste queda reconocido en el hijo de la madre de Jesús. *María, en efecto, es figura de la Iglesia-Madre, la nueva Sión, en la cual ingresan los hijos del Pacto Nuevo. Esta es la voluntad del Padre, manifestada por el Profeta-Mediador Cristo, para la comunidad del Nuevo Israel, la Iglesia* (Serra).

La maternidad es de orden espiritual. María es madre de la vida de Cristo, generándola en todo discípulo, a quien Jesús ama. Y se llama mujer, porque realiza la misión del nuevo pueblo de Dios, que -tal como se ha visto anteriormente- es con frecuencia contemplado alternativamente como mujer y pueblo (cfr. Is 26,17; 43,5-6; 49,18; 56,6-8; 60,4; Jr 31,3-14; Bar 4,36-37; 5,5). María queda constituida en la *mujer* bíblica, la que da a luz con dolor, al Mesías, y desde Jesús, se convierte en madre universal del género humano: *Al sufrir verdaderos dolores de parto en la pasión de su hijo, la bienaventurada Virgen ha dado a luz al mundo a nuestra salvación universal; por eso es madre de todos nosotros* (Ruperto de Deutz).

María se convierte en la madre de los hijos dispersos. En los anteriores textos la mujer designaba al pueblo elegido. Al llamarla ahora Jesús con esta palabra *mujer*, la señala como la personificación de la nuevo pueblo que se junta, es decir, la Iglesia. Si el profeta decía a la Jerusalén de entonces: *he ahí a tus hijos reunidos juntos* (LXX Is 60,40), ahora Jesús dice a María: *mujer, ahí tienes a tu hijo* (Jn 19,26).

También revela la nueva función del discípulo amado, que se convierte en un verdadero hijo para María. La repetición de esa fórmula de reciprocidad: *he aquí... he aquí*, se relaciona con las formulaciones de la alianza: *Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios* (Os 2,5; Jr 24,7; 21,33; Ez 36,28). El discípulo es caracterizado por la expresión relativa: *al que Jesús amaba*. Con ello, el discípulo se sitúa en la irradiación del amor de Cristo, que le transforma. Es el amigo de Jesús (cfr. Jn 15,13-15). Es ciertamente una persona concreta y también asume carácter representativo; esta índole categorial no anula su identidad histórica. En la escena del Calvario, *el discípulo a quien Jesús amaba* acentúa la personificación del verdadero discípulo, del cristiano creyente que recibe el amor de Cristo y le es fiel.

Este discípulo acoge a María en su intimidad, no simplemente la recibe en su casa. La acepta como algo propio, entre sus bienes más preclaros; la acoge en su vida de fe. El evangelio señala el tiempo en que se instauran estas nuevas relaciones. No escribe *desde entonces*, o *después de estas cosas*, sino deliberadamente, con marcado acento pascual, *desde aquella hora*, a partir de la muerte y resurrección de Cristo, quien ha hecho posible tal donación maternal y filiación espiritual entre María y el discípulo.

Jesús constituye la comunidad del nuevo pueblo mesiánico, formado simbólicamente por las dos personas presentes en la cruz. Entre María y Jesús existe una relación de maternidad que se prolonga vivamente en el discípulo. Esta maternidad hace de María la *mujer*, la que se identifica con la comunidad escatológica, la que da a luz en el tiempo a Cristo, alumbrando y acrecentando la vida de Jesús dentro de la Iglesia.

Las dos primeras señales: la mujer y el dragón (Ap 12,1-17)

Este célebre capítulo se encuentra saturado de detalles muy complejos, que han dado lugar a interpretaciones inverosímiles, basadas en mitos primitivos, en remotas cosmogonías y luchas entre dioses. No nos perdamos en la noche de los tiempos.

La palabra *señal* (*semeion*), que lo enmarca, no quiere decir un portento espectacular, sino un signo misterioso, que exige una clarificación. Aparecen dos señales (vv.1.2), de signo antagónico, siempre en permanente conflicto a lo largo de nuestro capítulo: la mujer y el dragón. La comunidad cristiana que lee el libro, necesita saber a qué atenerse con estos símbolos.

La mujer está adornada con un cúmulo de rasgos vistosos. Hagamos clarificadora labor de exégesis. Su vestido de sol indica la predilección con que Dios la envuelve (Gén 3,21; Is 52,1;

61,1), un vestido hecho de celestial hermosura (Ap 1,16). Pisa la luna, esto es, supera las fases del tiempo (Sal 88,38): es perpetuamente joven y hermosa como la amada del Cantar (6,10).

La corona de doce estrellas alude al premio (corona como galardón: Ap 2,10; 3,111), que significa poder compartir una condición gloriosa (*la estrella de la mañana*: Ap 2,28). Doce es el número de las tribus y de los apóstoles (Ap 21,12-14).

Mediante la descripción del glorioso atuendo y el aspecto victorioso de la mujer, el Apocalipsis representa a la Iglesia, en la feliz plenitud de su culminación escatológica, anclada en la eternidad de Dios, partícipe de la misma vida de Dios, y como la coronación ideal del pueblo de Dios. Es asimismo imagen de la Virgen gloriosa.

Junto a esa imagen esplendorosa de la mujer, aparece ahora, en continuidad visual, otro aspecto más terrestre y doloroso: se debate entre gritos y dolor. La mujer es madre anunciada: *Grita (krazei)*, se queja por el parto que se avecina y suplica a Dios que la socorra. Se debate entre los dolores del alumbramiento; pero éstos no son sino el preludio de la era mesiánica (Miq 4,9ss; Gál 4,27). Ambas facetas, de gloria y sufrimiento, deben complementarse. Se refieren a la Iglesia contemplada ya en su escatología realizada, ya en su devenir histórico, erizado de dificultades.

Se presenta la otra señal: un gran dragón. Tiene color sanguinario – el rojo de la sangre cfr. Ap 6,4 – y posee un poder inhumano pero no absoluto (Sólo el Cordero lo tiene cfr. Ap 5,6). En un gesto inaudito, barre con su cola la tercera parte de las estrellas. Para percibir su trasfondo histórico, conviene recordar que la expresión *arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó sobre la tierra* se aplicó a Antíoco IV Epifanes cuando ambicionó una gloria divina (Dan 8,10). El dragón o el tirano opresor posee, pues, una manía obsesiva en llegar a ser como Dios.

Su obsesiva ambición consiste en perseguir con saña a la mujer. Repárese en la desproporción manifiesta. Un enorme dragón se aposta frente a una pobre mujer impedida, para devorar al débil hijo, en el momento de su nacimiento. Se presiente un drama de muerte, allí donde va a nacer la vida.

A pesar del asedio y amenaza, la mujer consigue dar a luz a un hijo varón, cuyo oficio es *pastorear*. La expresión *pastorear con vara de hierro* es clara alusión al salmo segundo, que ha sido interpretado en clave mesiánica (Is 7,14; Ap 2,27; 19,15). Este hijo varón se refiere a Cristo. Aquí se habla principalmente del nacimiento pascual de Jesús. Tal es la óptica del Ap sobre Jesús, quien es contemplado de continuo en su misterio de muerte y resurrección. A través de la resurrección, Jesús escapó de las garras de muerte del Dragón, y fue llevado junto al trono de Dios (cfr. Jn 12,24; Hch 2,24).

Acontece la victoria del bien o de Cristo. La resurrección constituye la gran señal de liberación y significa el triunfo definitivo sobre el poderío del mal. Posee efectos fulminantes: el cielo, adquirido por Cristo, exige que sea liberado de espíritus rebeldes. El Ap insistentemente reitera que el Diablo o Satanás, el instigador del mundo entero, ha sido derrotado y vencido, a saber, con palabras propias: *arrojado del cielo y echado a la tierra*.

La clave interpretativa posee un contenido principalmente eclesial. Bajo la imagen simbólica de la mujer, que da a luz entre persecuciones, se está describiendo a la Iglesia, como nuevo pueblo de Dios, quien da a luz, en medio de la hostilidad, a Cristo, el Mesías.

También, con el apoyo constante de una consistente tradición interpretativa en la historia, esta misteriosa mujer se aplica a María, la madre de Jesús y de los cristianos. No nos refugiamos en un pío sentimentalismo mariano. Nuestra interpretación es válida y correcta. Un dragón (Herodes el Grande, con toda su ambición, poder omnímodo y espíritu sanguinario, tristemente

consignados por sus fechorías), buscó al niño que María había dado a luz, para matarlo, pero milagrosamente fue puesto a salvo. Mateo 2 narra evangélicamente lo que Ap 12 describe de manera apocalíptica.

En la mujer gloriosa, la Iglesia ha visto, con la fe del pueblo de Dios asistido por el Espíritu, la imagen de María, desde su primer instante hasta la culminación de su vida, como alguien preservado y amado por Dios: los dogmas de la Inmaculada Concepción y de la Virgen de la Asunción. Así nuestra interpretación de Ap 12 resulta mucho más rica: lo aplicamos – sin disociación – a la Iglesia y también a María, la que es *Madre del Señor y figura de la Iglesia*.

Conclusión

Se puede hablar de un progreso de revelación que gravita sobre la presencia de la mujer en la obra joánica. Aparece una primera comunidad en torno a Jesús, justamente tras el signo de Caná, formada por los que *permanecen* con él, *su madre y sus discípulos* (Jn 2,12); pero la plenitud de su revelación materna tiene lugar en el Calvario (Jn 19, 25-27), siempre en referencia cristológica y eclesial. María es la mujer fuerte, la madre que *permanece de pie* junto a la cruz de su Hijo, en actitud de fe mantenida en el dolor, y recibe de Jesús moribundo la misión de ser madre del discípulo amado, y en él, simbólicamente considerado, de todos los discípulos. Tiene que realizar una función materna: hacer crecer en los discípulos la verdadera imagen de su Hijo, continuar en los discípulos la vida del que está a punto de morir: en definitiva, ser madre de la Iglesia, formada por los testigos de Jesús.

En Apocalipsis (12) esta mujer es la madre de Jesús, el hijo/varón, el Mesías que ha de apacentar a todas las naciones con cetro de hierro. Este texto es interpretado por Ap (2,26), no en clave de pueblo, sino en clave personal; lo refiere con toda claridad a Cristo. Y es también madre del resto de los hermanos de este hijo/varón, el resto de la descendencia, los que obedecen la Palabra de Dios y el testimonio de Jesús. Es la madre de toda la comunidad cristiana. Madre, en especial, de la Iglesia, que al igual que ella, sigue siendo perseguida porque se esfuerza en mantener viva la confesión de la fe.

María, la mujer, es madre de los discípulos de Jesús, madre de la Iglesia; ya que engendra a Cristo, el Mesías, para salvación del mundo en cada uno de los discípulos de su Hijo, en todos los creyentes. Está unida íntimamente a la Iglesia, por su maternidad divina y por la excelencia de los dones recibidos.

Esta presencia siempre permanente de María junto a Jesús, su Hijo, como madre y seguidora, continúa también indefectiblemente en la Iglesia, la que es prolongación en el tiempo del misterio de la salvación del Señor para todos los hombres.